

Puig de la Bellacasa, M. (2023): *El espíritu del suelo. Por una comunidad más que humana*, Barcelona, Tercero Incluido

El espíritu del suelo. Por una comunidad más que humana es la primera publicación en español de María Puig de la Bellacasa, una compilación de artículos traducidos del inglés que forman parte de un proceso de investigación de más de diez años y que toman por base el suelo como materia de pensamiento. En estos ensayos, el suelo se trae a pensar, o se piensa en, con y a través de él, en tanto que materia y condición material de la vida en la tierra. Este movimiento hacia lo material en la investigación se hace evidente en esta obra gracias al suelo en su poder de imagen y de experiencia colectiva, en su sentido más radicalmente material pero también poético. Una investigación que, desde los estudios críticos y feministas de la ciencia y la tecnología, está en diálogo con los trabajos de la antropología contemporánea y más concretamente de la etnografía multiespecie, y que podemos comprender también como una contribución a la disciplina emergente llamada humanidades ambientales [*Environmental Humanities*].

El título condensa un llamamiento fundamental en el texto: una comunidad más que humana que, como se advierte, podremos reconocer en un suelo (re)animado. En primer lugar, la autora explicita: “es importante decir que los mundos centrados en el suelo que habito se sitúan en el hemisferio norte, y son herederos de una explotación antropocéntrica, tecnocientífica, productivista y colonial del suelo” (14). Ante esto se pregunta: “¿cómo podemos, en este contexto, replantearnos la relación entre los seres humanos y el suelo en formas abiertas a futuros ecológicos insurgentes, esperanzadores y decoloniales?” (14).

Sus posibles respuestas a esta pregunta, que atraviesan cada uno de los artículos en formas distintas, se articulan bajo un sentido común: “obligaciones ecológicas específicas de cuidado-más-que-humano” (15). Siguiendo la línea de la necesidad del cuidado como intrínseco a la posibilidad de relacionalidad misma en mundos multiespecie, expuesta en su primera obra *Matters of Care. Speculative Ethics in More Than Human Worlds* (Minnesota University Press, 2017), María Puig de la Bellacasa concreta su concepción del cuidado en las posibilidades de las relaciones humano-suelo. Para ello, pone en juego especulativo las diferentes capas de sentido que se pueden evocar al nombrarlo, buscando la reactivación de la imaginación a través de la atención y el sentido de responsabilidad que puede activarse cuando lo reconocemos vivo e interrelacionado con nuestras vidas.

El primer capítulo “Nombrar la tierra. Notas sobre los problemas de la pertenencia ecológica” sirve como entrada al resto de artículos que componen el libro. En él nos introduce los matices de las cuestiones a las que se acercará y la problematización que supone el concepto de “pertenencia ecológica”. Así, en un primer momento, Puig cita a Haraway para preguntarse: “¿Podríamos osar molestarnos, desplazando la pregunta de Donna Haraway (2016) por la corporeidad situada, y preguntarnos de qué sangre están hechos estos suelos?” (25). Preguntarse por los pasados coloniales

de expropiación de los suelos y el devenir de la explotación masiva de los mismos es una exigencia a la hora de intentar pensar con y a través del suelo cuando se asume la imposibilidad de hacer de este un tema neutral. Algunas de las ideas que aparecen en este primer momento, y que sirven como introducción a su posterior desarrollo, son la comprensión de la relación humano-suelo desde la pertenencia del primero al segundo y en relación a la justicia alimentaria; el mostrar cómo el suelo pone de manifiesto la materialidad de la vida y de nuestros cuerpos y cómo esta materialidad implica descomposición, proponiendo hacerse cargo de la descomposición y de la herencia de la agricultura industrial; o la imagen del suelo en su doble sentido de nutriente, pero también de archivo. Al hilar sus propuestas a través de historias y ejemplos de diferentes prácticas, la autora habilita fórmulas de pensamiento que podrían iluminar otras alianzas con los suelos y sus comunidades más que humanas.

En el segundo artículo, “Abrazar la descomposición. Eco-poéticas del suelo y ambivalencias de la biorremediación”, Puig busca poner el énfasis en la necesidad de comprender el suelo desde la descomposición y la degradación como forma de resistencia. Esto tiene un sentido eco-poético, pero no sólo eso pues “cualquier cosa que los humanos hagan que no pueda transformarse en suelo crea problemas bioinfraestructurales” (57). A través de las “afinidades elementales”, que refieren a la identificación material con los medios elementales y la biorremediación, la autora elabora de forma eco-poética y desde un enfoque material-espiritual una investigación trenzada de historias y referencias, experiencias personales y prácticas artísticas que le permiten hacer una apelación afectiva hacia la responsabilización e identificación, multiplicando los sentidos trópicos del suelo desde la idea de la descomposición. Su propuesta de “abrazar la descomposición” apela a una descomposición “situada” y tiene que ver con la “recirculación de la materia”; abrazar la descomposición quiere decir reconocer esta dimensión necesaria de la materia que, por tratarse de un proceso relacional, requiere cooperación. “Fabricar, crear, producir, mantener y cuidar no tiene tanto que ver con preservar y evitar el desgaste de las cosas como con que se degraden y descompongan –y con garantizar que las cosas puedan degradarse–.” (57).

En el capítulo tres, “Encuentro con la bioinfraestructura. Las luchas ecológicas y las ciencias del suelo”, la autora utiliza como referencia el marco conceptual de Susan Leigh Star, figura fundamental en su pensamiento sobre el suelo. Tratando la propuesta de Star como un “modo de atención”, vincula el suelo con el concepto de “residuo”: aquello que no se ajusta a un esquema de categoría en particular o que es irrelevante para el recopilador de datos. Con esto se revela su carga ética y política al tratarse de aquello que se excluye de un campo de conocimiento. El suelo sería, en este sentido, doblemente residual: es literalmente el lugar a donde van a parar los residuos en la vida cotidiana y, como “infraestructura” del *bios*, es ese concepto intrínsecamente relacional que revela al suelo como ese fondo invisible que otorga sentido al trabajo visible. Además, el suelo se presenta como un objeto de frontera que permite la cooperación interdisciplinaria en su estudio. Se presenta desde su complejidad teórica y material mostrándolo como todo un mundo de convivientes, vivos y no vivos, como una red orgánica que “trabaja” desde los entrelazamientos de sus habitantes. Desde una perspectiva ecológica, poniendo el foco en la importancia del suelo en el contexto de reconocer y visibilizar la crisis ambiental, se aboga por la necesidad de una ciencia común del suelo que trabaje en colaboración con él. El suelo se convierte en un asunto de cuidado político global y local que transforma nuestro conocimiento.

En el cuarto artículo, “Reanimar los suelos. Transformando los afectos entre humanos y suelos a través de la ciencia, la cultura y la comunidad”, se propone explorar cómo una “alteración de los imaginarios del suelo”, que bajo la lógica extractivista y antropocéntrica se comprende como un recurso inerte, se podría habilitar una renovación de nuestros afectos por los suelos, revitalizándolos y reafirmando nuestros “entrelazamientos íntimos” con él. Para ello, la autora realiza una selección de relatos científicos, compromisos comunitarios y manifestaciones artísticas que se interpretan como cambios en los modos de atención que se producen cuando se da un giro en la significación que hacemos del suelo hacia una entidad viva. Algunos de los ejemplos son un artículo de opinión publicado en *The New York Times* con el título de “The Hidden World of Soil Under Our Feet” ilustrado con las representaciones artísticas del suelo de Kattie Scott que, según la autora, evocarían “un sentido de misterio, maravilla y emoción en torno a las propiedades vivas del oscuro abajo” (100). Otro relato se articula en torno a las políticas alimentarias alternativas, en las que destaca la presentación “Soil Repair” dirigida por Dan Kittredge de Bionutrient Food Association que se realizó en la Earthworks Urban Farm de Detroit. En esta ciudad se reclaman tierras urbanas abandonadas para su recuperación, y que esta recuperación sea una nueva oportunidad de subsistencia para las comunidades más empobrecidas y marginadas. El territorio y sus suelos son un eje fundamental para el reclamo de la justicia eco-social. Con su lectura de estos y otros proyectos artísticos y comunitarios, Puig nos introduce en una visión del suelo a través de la cual nos encontramos con una “reactivación metamórfica del misterio de la fuerza vital”, apelando a una espiritualidad material que será desarrollada en el capítulo quinto.

Finalmente, el último capítulo que conforma el libro, “Pensamiento ecológico, espiritualidad material y poética de las infraestructuras”, se presenta como un tributo al pensamiento de Susan Leigh Star, en el que la autora realiza un ejercicio de pensamiento que se sirve de la crítica de Star a la noción de red (de la teoría de actor-red). En la crítica de Star se ponen en evidencia los espacios intermedios que quedan fuera de esa noción de red, y se establece una diferenciación entre el pensamiento en red y el pensamiento ecológico. De la misma forma, destaca el tipo de discursividad elegida por Star, en la que poética y estudios sociales de la ciencia van de la mano. Haciendo transposición de ciertos términos de Star para hacer su propio ejercicio de pensamiento a la hora de pensar el suelo, la autora propone una escritura en el que se pone en juego la comprensión metafórica y materialista simultáneas del significado que haría posible una comprensión de la espiritualidad material. La *poiesis* aquí se entiende en referencia al crear mundos: “Correlativamente, la poética perturba la contradicción entre metáfora y verdad. [...] Este compromiso con algo que podría llamarse verdad [el de Star] marca una de las singularidades de su obra, no obstante, es la encarnación de una forma particular de conocer, en la que la verdad no tiene nada que ver con la equivalencia o congruencia con una realidad prefigurada, sino más bien con la contribución a su realización” (152). Es en esta definición en la que ciencia, poética y compromiso ecológico podrían instarnos hacia una perspectiva de los mundos más que humanos en los que los modos de atención se descentralizan de lo hegemónico.

Todo el libro está repleto de sentidos e historias que, con los términos teóricos que utiliza, se ponen en juego en una discursividad que se convierte también ella en materialmente poética. Además, el suelo se presenta como un objeto de frontera

que permite la cooperación interdisciplinar en su estudio. Se presenta desde su complejidad teórica y material mostrándolo como todo un mundo de convivientes, vivos y no vivos, como una red orgánica que “trabaja” desde los entrelazamientos de sus habitantes. Este libro es valioso porque nos invita a pensar y re-pensar a través de la dislocación de los sentidos habituales, al mismo tiempo que elabora una forma de pensamiento que crea un espacio real y material de resistencia. Con todo, a veces, la noción de lo que se comprende por “suelo” se siente en su lectura abstraída y oscilante, resultando difícil de responder a la pregunta: ¿qué suelo? Plantear esta pregunta nos lleva necesariamente a la consideración de otra pregunta importante ¿quiénes pueden habitar qué suelos? Aunque una de las ideas fundamentales es la relación local/global que inevitablemente supone hablar del “suelo”, el suelo existe en sus “territorios” lo que añade una complejidad geopolítica-económica en torno a las posibilidades de acceso a los suelos. En este sentido, el suelo parece ser más bien “los suelos” y situarlos supone reconocerlos en sus territorios, ya que de ello depende saber cuáles son las formas concretas de relación que sus habitantes establecen con ellos y de qué forma y por quién o qué fuerzas están determinadas.

Con todo, en estos ensayos se expone la importancia de los suelos en su condición material de la vida en la tierra. El pensamiento de Puig hace un énfasis fundamental: pensar sobre cuáles pueden ser los modos de atención a través de los que pensamos lo material, en este caso, los suelos. Esta forma de investigación se puede interpretar como una experimentación con los modos de abstracción, en el sentido de Alfred Whitehead e Isabelle Stengers, y de atención en el sentido de Susan Leigh Star. Otro ejemplo de esta manera de hacer lo constituye el trabajo de editora y autora de Puig en colaboración con Dimitris Papadopoulos y Natasha Myers de *Reactivating Elements. Chemistry, Ecology, Practice* (Duke University Press, 2021), cuyo eje es una reformulación en el estudio de los elementos químicos. En este sentido, sus investigaciones son un ejemplo de lo que podría significar hacer investigación como una exploración de los significados metafórico-materiales, haciendo de los textos espacios de experimentación de pensamiento [sobre lo] material. Su lectura produce una experiencia que puede habilitar la transformación de nuestros modos de atención. Son laboratorios *terrenales* que integran la concepción del mundo de lo semiótico-material –que Donna Haraway y Karen Barad han desarrollado–, y lo ponen a funcionar explorando sus posibilidades, abriendo nuevas formas de hacer investigación en las que la realidad material de lo científico no puede comprenderse sin su dimensión semiótica, y en el caso de este libro, poética. En mi lectura, es el ejercicio de esta forma de hacer investigación académica lo que supone una auténtica reactivación de, tal y como el texto de Puig hace, nuevas formas de producir conocimientos públicos y situados que nos reanimen diferentemente.

María de la Cruz Vilas Pazos
Universidad Santiago de Compostela
mariavilaspazos@gmail.com